que sea feliz el paso de esta morada a la otra: esto es lo que les pido, y ¡ojalá escuchen mis ruegos!» En diciendo estas palabras se detuvo con singular tranquilidad y dulzura. La mayor parte de nosotros habíamos podido contener las lágrimas hasta entonces; mas cuando lo vimos beber y después de haber tomado el veneno, ya no nos fué posible contenernos. A pesar de mis esfuerzos las lágrimas me bañaron el rostro en abundancia, de suerte que me cubrí para llorar por mí mismo: que yo no lloraba tanto por él sino por el grande amigo de que quedaba privado. Aun antes que yo, Critón se mostró incapaz de contener sus lágrimas, y se salió. Apolodoro, que desde antes no había dejado de llorar, con sus alaridos, gemidos y lamentos no dejó a ninguno de los presentes a quien no hiciese llorar, excepto al mismo Sócrates, que nos increpó así: «¿Qué hacéis, amigos míos? Precisamente para evitar espectáculos semejantes hice que las mujeres se marchasen, pues he oído decir que es preciso morir en medio de buenos presagios. Calmaos y mostrad firmeza». Al oír estas palabras sentimos vergüenza y contuvimos nuestro llanto. Sócrates caminaba, y cuando sintió que las piernas se le ponían pesadas se acostó boca arriba como se lo había prescrito el hombre que le había dado el veneno. Este le examinaba por intervalos los pies y las piernas. Después le apretó los pies fuertemente y le preguntó si sentía. Sócrates contestó que no. Después también le apretó fuertemente las piernas, y continuando para arriba, nos mostraba cómo se helaba y ponía rígido. Lo tocó de nuevo y nos dijo que en cuanto el frío llegase al corazón dejaría de existir. Ya comenzaban a helarse las regiones del bajo vientre y descubriéndose Sócrates, pues estaba cubierto, dijo (y estas fueron sus últimas palabras): «Critón, debemos un gallo a Esculapio. Pagad la deuda, no la descuidéis».—Así se hará, contestó Critón; pero ve si tienes algo más que decir. Nada respondió Sócrates a esas palabras. Al contrario, pocos momentos después hizo un movimiento y el hombre lo descubrió: tenía los ojos fijos, y Critón al verlo le cerró la boca y los ojos.

Tal fué, Echécrates, el fin de aquel hombre, nuestro amigo, de quien pudiéramos decir que fué el mejor, el más sabio, el más justo de todos los hombres que hayamos conocido jamás.

Según PLATÓN

## El Caballero de Emmaús

Y aconteció que al declinar el día
caminaban los dos tímidamente
hacia la polvorosa lejanía
de Emmaús, que en el límite surgía
como un dado de piedra reluciente.
Y evocaban con dejo compasivo
del buen Maestro la final escena:
su dolor, su desmayo fugitivo
y el anuncio que el Hijo de Dios vivo
hizo al grupo feliz de Magdalena.
Y hé aquí que por el árido sendero
súbito se acercó, sin ser oído
de los dos, un extraño compañero,
y era el mismo Jesús, como un viajero
que cruzase país desconocido.
Y díjoles: «¿Qué pláticas son estas
que entre vosotros concertáis andando,
y estáis tristes?»

«Tú sólo de las fiestas
—dice Cleofás—retornas ignorando
el prodigio de cosas manifiestas,
mal peregrino!» Y el Señor responde:
«¿Qué cosas?» Y ellos: «Pues del Nazareno,
cuya gloria sin par ya nada esconde,
de Jesús el Rabino y el Profeta,
grande entre todos y entre todos bueno.
Del mismo que llevaron al suplicio
los príncipes del templo y fariseos
y recibió condenación de muerte;
que en nosotros prendía los deseos
de ir tras su huella; del caudillo fuerte,
del Salvador del pueblo! Mas ahora
todo acabó y es el tercero día
del suceso.

También unas mujeres
nos dejaron angustia aterradora
al relatar que del sepulcro había
desparecido el cuerpo, y sobre el canto
vieron visiones de ángeles ceñidos
en túnicas de pliegues luminosos,
que les trocaron en placer el llanto
diciéndoles que vive.

Presurosos
al oírlas, los nuestros a porfía
arrancaron, y Juan llegó primero
y sólo halló la cavidad vacía,
pero no vieron al Señor!

Severo
les dijo entonces El: «Oh raza impía
tarda de corazón, a la fe dura,
¿Ignoráis el profético relato
para Israel y su triunfal historia?
¿Cómo se cumpliría el gran mandato
en Cristo, sin la Cruz y sin la Gloria?
Y, cual leyendo en historiado muro,
expuso ante sus almas asombradas
el libro divinal de infracto sello,
desde Moisés, en el pasado oscuro,
hasta el hombre de pieles de camello.
Y fué puntualizando en el Mesías,
en Sí mismo, el anuncio milenario
que cifraba las arduas profesías,
y les mostró, por fin, sobre el Calvario
al Varón de Dolores de Isaías...
Y entre el blando coloquio sin testigos
—extintas ya las ráfagas postreras—
bajo el murmurio de los cabrahigos
y el moroso vaivén de las palmeras,
llegaron a Emmaús los tres amigos.
Y el hizo amagos de seguir.

Con viva
inquietud le detienen, y a su frente
le hace sentar la humilde comitiva;
parte al pan—la mirada pensativa—
y ellos le reconocen de repente.
Y ante sus ojos, de pavor turbados,
Jesús despareció, mientras decían:
«¿No nos estremecimos inflamados
cuando al venir, sus labios inspirados
los misterios recónditos abrían?»

Y esos que en el coloquio vespertino
en su ruda ignorancia montañesa
no advirtieron el hálito divino,
lo hallaron en el aire peregrino
con que partiera el pan sobre la mesa.
¡Oh pulcritud! Oh sello soberano
que un ademán efímero eternizas!
¡Oh distinción que al mísero gusano
alas vistes! ¡Oh signo sobrehumano,
tú la dividad exteriorizas!

GUILLERMO VALENCIA

"Este documento es propiedad de la Biblioteca electronica Scriptorium de la Universidad Nacional, Costa Rica "